

por lo que respecta á las verdades de este orden, *no sabemos otra cosa, sino que nada sabemos.*

Es indudable que el protestantismo, con el infame séquito de todos los errores y de todos los crímenes antiguos que ha traído á Europa, no tuvo otro padre que el filosofismo griego; pues sólo introduciendo en la teología la teoría de Platon sobre el *libre exámen* en filosofía, engendró á su vez todas las modernas herejías, y sólo reivindicando para la filosofía la teoría que Lutero habia adoptado para la teología, engendró Descartes el siglo de Voltaire, que aun dura, y su evangelio, que es la negacion completa de toda verdad, de toda virtud, de toda revelacion y de toda razon, de toda religion y de toda sociedad.

Voltaire no fué posible sino despues de Descartes, Descartes no lo fué sino despues de Lutero, y Lutero y Descartes no lo fueron sino despues de haberse resucitado á Platon y su filosofía. Esta filosofía fué el prefacio obligado del protestantismo, el protestantismo lo fué del cartesianismo, el cartesianismo lo fué del filosofismo volteriano del siglo XVIII, y este filosofismo volteriano lo ha sido del racionalismo de nuestro siglo. La ignorancia y la hipocresía, la terquedad y el fanatismo de la escuela cartesiana, por más que se irriten y se rebelen contra estas semejanzas históricas y digan que se les calumnia, no impedirán que los hombres juiciosos reconozcan esta triste filiacion de modernos errores; nunca harán creer que noventa y tres calumnias á Descartes, decretándole una estatua y un culto religioso; que todos los maestros de errores y los filósofos incrédulos de todos colores no son lógicos, al proclamar á Descartes, con un entusiasmo unánime, su maestro comun, su patriarca y su padre; y que, finalmente, los tristes sectarios de Saint-Simon han sido unos insensatos al pronunciar estas palabras llenas de juicio y de verdad, que reasumen por sí solas toda la historia de la filosofía moderna: «Gracias á Descartes, todos somos »protestantes en filosofía; así como gracias á Lutero, todos somos »filósofos en religion».

Por consiguiente, es más claro que la luz del dia, que no siendo la filosofía el medio natural dado al hombre para conocer y poseer la verdad, tampoco es el *conocimiento racional* de la verdad, y que toda definicion que le atribuya semejante mision y tal fin, es radicalmente falsa, absurda, necia y ridícula.

## CAPÍTULO SEGUNDO.

### DE LO QUE ES VERDADERAMENTE LA FILOSOFÍA.—DE SUS PARTES Y DE SU FIN VERDADERO Y LEGÍTIMO.

§ 1.º Utilidad y definicion de la filosofía. — Se diferencia de la teología. — Objeto de la filosofía. — Divisiones de la filosofía. — Verdadero fin de la filosofía.

¿Será necesario condenar al ostracismo la filosofía, como una ciencia peligrosa ó, al ménos, vana y sin objeto? ¿Será necesario hacer un auto de fe con todos los libros de los filósofos y aun con ciertos filósofos? No, ciertamente, no; y aunque, todo bien considerado, el género humano no perderia gran cosa en semejante hecatombe, sin embargo, tal no es ni puede ser nuestro pensamiento, puesto que aquí mismo filosofamos nosotros. Es más, amamos la filosofía, pues ha sido el objeto de nuestros estudios por espacio de cuarenta años. Estamos, pues, muy léjos de negar la utilidad y aun la necesidad de esta disciplina; pero es preciso entenderse respecto de su verdadera naturaleza y de su verdadero y legítimo objeto. Por consiguiente, despues de haber demostrado lo que la filosofía no es, ni podria ser, vamos ahora á demostrar lo que es verdaderamente, lo que debe ser, so pena de no ser nada, ó de no ser más que un aprendizaje funesto, y por tanto, peor que nada, pues el mal es peor que la nada.

La filosofía, en cuanto á la palabra, es el amor ó el deseo de la sabiduría, puesto que se compone de las dos griegas: *filos*, que significa *amador*, y *sofia*, que significa *sabiduría*. Pues entre los griegos todos los que amaban apasionadamente una cosa se llamaban *filoi*, ó amadores de dicha cosa. Por consiguiente, así como se llamaba *filodoxoi* á los que buscaban los honores, así tambien se ha llamado *filósofoi* á los que amaban la sabiduría, y *filosofia* á este sentimiento del alma.

El primero que usó la palabra en cuestion fué Pitágoras. Hé aquí el motivo: habiendo exclamado un rey, lleno de admiracion por su elocuencia y su saber: «Ese es un verdadero *sofos*» (sabio), Pitágoras, con una modestia que nuestros filósofos liliputienses harian muy bien en imitar, respondió: «Dios solo es *sofos*; yo no soy más que *filósofos*» (amante de la sabiduría).

Esto por lo que respecta á la palabra «filosofía». En cuanto á la cosa, para saber lo que es filosofía hay que observar que los sabios han distinguido siempre y en todas partes dos maneras de conocer una cosa, ó dos especies de conocimientos.

Por grande que sea la superioridad del amor al bien, propio del hombre, sobre el amor al bien propio del bruto, no todo amor al bien por parte del hombre es la virtud. No es un hombre verdaderamente virtuoso, más que cuando ama el bien por motivos nobles y desinteresados, de una manera permanente y completa, y con intencion de hacer que los demas participen de él por la *abnegacion*.

De la misma manera, por grande que sea la superioridad del conocimiento de la verdad, propio del hombre, sobre el conocimiento propio del bruto, no todo conocimiento de la verdad por parte del hombre es el saber. El hombre es verdaderamente sabio sólo cuando conoce la verdad en sus razones, en sus principios, en sus causas, en sus relaciones, en sus consecuencias y en sus efectos, y cuando es capaz de hacer partícipes de este conocimiento á los demas, por medio de la *enseñanza*. Pues, como santo Tomás

observa con la profundidad y la claridad propias de él, un sér no es perfecto, en su acto ó en su operacion, más que cuando puede hacer otro ser semejante á él. Por consiguiente, así como un cuerpo no es verdaderamente caliente más que cuando puede calentar á otros cuerpos, así tambien el hombre no es verdaderamente sabio más que cuando puede instruir á los demas; pues enseñar no es otra cosa que hacer que nazca en los demas la ciencia que uno posee en sí mismo (1).

El conocimiento de las cosas, comun á todos los hombres, se llama *vulgar*, porque es propio de las personas que no han estudiado, y que forman la masa del pueblo; se llama tambien *superficial*, porque se detiene en la impresion inmediata que hacen las cosas, presentadas á nuestra imaginacion por los sentidos ó á nuestro espíritu por la palabra; por último, se llama *histórico* ó del *hecho*, porque no pasa de la simple nocion del hecho, y no lo alcanza por la razon íntima y la causa.

El conocimiento de las cosas, propio de los sabios, se llama *causativo*, porque implica la nocion de las *causas* de lo que es ó puede ser, de lo que se hace ó puede hacerse. Llámase tambien conocimiento *formal*, porque elevándose sobre la materia de todo compuesto natural ó lógico, considera su principio activo, que es su *forma*: por último, se llama conocimiento *científico*, porque constituye la ciencia propiamente dicha. Así, pues, todos los hombres, sabiendo que el alma es espiritual y no está sujeta á la muerte, tienen solamente el conocimiento *histórico* de este dogma; pero aquellos que, ademas, saben las razones y las causas por las cuales se prueban la espiritualidad y la inmortalidad del alma, poseen del mismo dogma el conocimiento *causativo*.

(1) «Unumquodque tunc est perfectum in actu suo, quando potest facere alterum simile sibi. Sicut igitur signum caliditatis est quod possit aliquid calefacere; ita signum scientiæ est, quod possit docere: quod est scientiam in altero causare.»

Por consiguiente, así como hay tres maneras de amar el bien: la manera material, propia del bruto; la manera espiritual, pero limitada, actual é individual, propia de todo hombre, y la manera amplia, constante y expansiva, propia del hombre virtuoso, y esta última manera sola constituye la virtud; así también hay tres maneras de conocer la verdad: la manera únicamente sensible y determinada, propia del bruto; la manera intelectual y universal, propia de todo hombre, y la manera profunda, compleja y comunicativa, propia del sabio, y sólo esta última manera constituye el saber; y así como la primera de estas maneras de conocer constituye la sensación, y la segunda es la base de la razón, la última ha sido siempre considerada como formando la ciencia verdadera, la *sapientia* humana.

En efecto, Aristóteles ha dicho: «No se cree que poseemos la ciencia de una cosa, más que cuando se nos considera conocedores de sus primeras causas. La verdadera sabiduría es el conocimiento de las primeras y de las más altas causas» (1). «La sabiduría, dice por su parte Cicerón, es la ciencia de las cosas divinas y humanas, y el conocimiento de la causa por la cual toda cosa es lo que es. Hé ahí por qué, elevándose hasta la imitación de la obra divina, la ciencia mira con desden las cosas humanas» (2).»

Por último, santo Tomás se espresa en estos términos: «La ciencia de la verdad no se obtiene más que por el conocimiento de las causas... Nosotros llamamos sabio, en toda la ciencia, solamente al hombre que conoce la razón y las causas de cada objeto por el cual se le interroga: *Scientia veri non habetur nisi per causas... sapientem in omni sapientia dicimus, qui potest assig-*

(1) «Tum scire aliquid dicimur, cum rei causas nosse putamur. Sapientia est cognitio primarum et altissimarum causarum.» (*Metaphys.*, Lib. I.)

(2) «Sapientia est divinarum humanarumque scientia, cognitioque quæ causa cujusque rei sit. Ex quo efficitur ut divina imitetur, humana vero omnia virtute inferiora ducat.» (*Tuscul.*, Lib. IV.)

»nare causas cujusque quesiti» (1). Por consiguiente, esto es definir la ciencia como si se dijese: «El hábito de demostrar todo lo que se afirma: *Habitus asserta demonstrandi*».

Pues bien, no siendo la *filosofía*, según la palabra lo indica, otra cosa que el amor ó el estudio de la sabiduría, y siendo la sabiduría el conocimiento de las cosas por sus causas, la filosofía es el amor, el deseo, el cuidado constante de conocer por sus causas las cosas existentes ó posibles y sus relaciones más íntimas y más lejanas.

«Todo hombre, dice Orígenes, apetece la ciencia, como el estómago apetece los alimentos y la bebida: *Sicut stomachum cibum et potum*». Y santo Tomás añade: «Dios mismo ha dado al hombre el apetito natural de la ciencia: *Naturalem scientiæ appetitum mentibus hominum Deus inserit*». Sin embargo, son muy pocos los hombres que en cada nación se dedican á los estudios y á las tareas intelectuales para conquistar la ciencia y profesarla.

Estos hombres escogidos, que pasan su vida en sondar los secretos de la naturaleza, en explicar y enseñar la verdad, han gozado siempre la mayor consideración en todos los pueblos. Se les llamó *videntes* ó *profetas* entre los hebreos, *magos* entre los asirios, *caldeos* entre los persas, *gimnosofistas* entre los indios, *druidas* entre los galos, *sofos* entre los griegos, y *sofistas* entre los romanos. Así, pues, con la palabra nueva «filósofo» introducida por Pitágoras, indicaron los griegos una cosa antiquísima; pues desde el principio del mundo hubo siempre y en todas partes un reducido número de espíritus elevados que consagraron su talento y su vida á las investigaciones de las causas más ocultas, á atraer los hombres al conocimiento de la verdad y á practicar la

(1) Así como no todo conocimiento es la ciencia, así también no toda ciencia es la sabiduría; pues de conocer un pequeño número de cosas por sus causas, no se sigue que uno sea sabio. Los sabios son únicamente los que poseen la ciencia de una serie de cosas; ó bien la ciencia de todas las cosas que son objeto de las especulaciones é investigaciones del espíritu humano,

virtud; por consiguiente, la sabiduría, ó la filosofía, nunca ha faltado en ninguna edad del mundo. Hé ahí, pues, lo que es filosofar. Ahora resta decir el objeto de la filosofía.

El objeto de la ciencia, dice santo Tomás, es aquello cuyas razones y causas se pretende conocer. *Subjectum scientiæ est cuius causas et rationes querimus*. Y como uno puede investigar y hallar, para sí mismo, y enseñar á los demás las razones y las causas, propias de todas las cosas *capaces de ser conocidas por el espíritu humano*, todas estas cosas son y pueden ser objeto de la filosofía.

Nótese bien que hemos dicho *las razones y las causas propias de las cosas*, pues cada cosa, según el orden diferente á que pertenece, tiene razones y causas de su propio género, y según *estas* razones y *estas* causas se puede disputar acerca de ellas. Así, pues, por ejemplo, las razones y las causas de las verdades de la fe se toman sólo en las fuentes de las revelaciones divinas, transmitidas por la escritura y por la tradición, y definidas por la Iglesia. Las razones y las causas de las verdades matemáticas se deducen de las ideas y de los principios universales y de las concepciones que la razón común de los hombres admite como absolutamente ciertas, y que forman por sí solas la razón humana. Por último, las razones y las causas de las verdades físicas (si es que los *hechos* del orden material son verdades científicas, más que nociones históricas) se toman en las leyes de la naturaleza física, de las propiedades y de las fuerzas de los cuerpos que la experiencia y la observación han hecho conocer.

Pues bien: estas razones y estas causas, *propias* de las verdades de cada orden de conocimientos, son las que constituyen las ciencias diversas y engendran las reglas y los cánones particulares que deben seguirse en cada ciencia. Pues no es, como Laplace ha soñado, por cálculos aritméticos como debe buscarse la certidumbre en las cosas morales, ni por raciocinios puramente metafísicos como debe buscarse la certidumbre en las cosas físicas; sino que

por los medios propios de cada orden de verdades, decía Cicerón, debe tratarse cada cosa, y sólo por estos medios se puede alcanzar la ciencia cierta y aun evidente de su verdad: *Propriis enim argumentis pertractanda unaquaque res est*.

Por consiguiente, se puede filosofar de las cosas divinas lo mismo que de cualquiera otra cosa, y la filosofía de las cosas divinas se llama *teología*; pues lo que distingue al doctor teólogo del simple discípulo de la fe, no es que aquel conozca mayor número de dogmas y los crea con una fe más firme y más completa que éste, puesto que el objeto de la fe ó las verdades divinamente reveladas, y los motivos para creer en ellas, ó la autoridad divina hablando por la Iglesia, son igualmente los mismos para todos los cristianos; los sabios deben, igualmente que los más simples fieles, someter á ellos con la misma plenitud de consentimiento, con la misma humildad y el mismo amor, su entendimiento en homenaje de la fe. La diferencia, pues, entre los maestros de la ciencia sagrada y los simples discípulos del *Evangelio*, consiste en que, conociendo y creyendo unos y otros de la misma manera las mismas verdades, sin embargo, solamente el teólogo conoce las razones y las causas que les son propias; sólo él sabe demostrar su origen divino; sólo él sabe reearlas de pruebas sacadas de los libros santos y de la tradición de la Iglesia; sólo él sabe defenderlas contra los ataques de los herejes; sólo él puede indicar lo que, en cada ciencia, es conforme á la revelación, ó contrario; sólo él puede deducir otras verdades de las verdades ó de los principios revelados, y dar y explicar prontamente sus razones; en una palabra, sólo él posee la *ciencia* de las cosas divinas, al paso que el simple cristiano sólo posee el simple *conocimiento* de ellas.

La fe, pues, de todo doctor, por grande que sea, es la misma que la del último de los fieles; pero el asignar sus motivos, sus fuentes, sus argumentos y sus demostraciones, sólo corresponde al maestro de la ciencia divina.

Esta ciencia es la verdadera filosofía relativamente á las cosas divinas. Lo mismo debe decirse de la JURISPRUDENCIA. El simple ciudadano conoce ó debe conocer, como un jurisconsulto, las leyes de su país. El conocimiento de las leyes civiles, al ménos en general, pertenece á todo el mundo: por eso se publican, y ninguna ley obliga, sino despues de haber sido *suficientemente* publicada. ¿En qué, pues, se diferencia el maestro en derecho, de los que no lo son? En esto: en que sólo el maestro en derecho conoce el origen, los principios, las razones, las causas, el objeto, el fin, la importancia, el alcance, la fuerza y la sancion de las leyes; en que, por consiguiente, sólo él puede interpretarlas, explicarlas, defenderlas, aplicarlas á los casos particulares y sacar de ellas consecuencias legítimas para la defensa de los derechos de los ciudadanos y para el bien del Estado. Hé ahí por qué, ademas del conocimiento *histórico* de las leyes, que le es comun con todos los ciudadanos, el jurisconsulto posee, ademas, su conocimiento *racional, científico*, y este conocimiento de las leyes constituye la verdadera filosofía del derecho.

Todas las disciplinas liberales, la literatura, la elocuencia, la poesía, la historia, é igualmente las artes liberales y aun mecánicas, pueden ser objeto de la filosofía. Pues teniendo ellas tambien sus razones, sus causas, que el vulgo ignora, se puede poseer, ademas, su conocimiento *material*, su conocimiento *formal*, y pueden ser tratadas filosóficamente. Esto es lo que hicieron Platon, Aristóteles y Ciceron, entre los antiguos, y una multitud de filósofos entre los modernos, hasta el autor de lo VERDADERO, de lo BELLO y de lo BUENO, aunque nada sea ménos verdadero que lo VERDADERO, nada ménos bello que lo BELLO, nada ménos bueno que lo BUENO de semejante libro, y el cual se hubiera podido titular, con más razon: De lo FALSO, de lo FEO y de lo MALO. Así, al ménos, ha parecido á la congregacion del *Indice*.

Al principio se dividió la filosofía en tres partes: *Lógica, Física y Ética*, ó en filosofía *racional, natural y moral*. Verdad

es que fué Platon el primero que introdujo esta division de la filosofía entre los griegos; pero, segun observa san Agustin, Platon no hizo más que dar un nombre nuevo á cosas muy antiguas, pues mucho tiempo ántes de él, por donde quiera tuvo lo filosofía tres partes, á saber: la *Física*, que trata de la *naturaleza* de todos los séres existentes ó posibles, y de sus propiedades, y que, por consiguiente, abrazaba tambien las discusiones sobre Dios y sobre el alma; la *Ética*, que comprendió toda la ciencia de las costumbres y de los deberes del hombre y del ciudadano, y, por consiguiente, la ciencia de las leyes; la *Lógica*, que comprendia la *Teología*, ó la ciencia de las ideas y de las palabras que son su espresion, y la *Dialéctica*, ó la ciencia de distinguir la verdad del error en todos los ramos del saber humano.

Como los séres son, ó actualmente *existentes*, ó en el estado de simple *posibilidad*, y *espirituales* ó *corporales*, posteriormente la *física* fué dividida en dos disciplinas: la *METAFÍSICA*, que trataba de la *naturaleza* del sér en general, y de todas las cosas espirituales y abstractas, y la *Física* propiamente dicha, que se ocupaba especialmente de la *naturaleza* y de las propiedades de los cuerpos, y de todas las cosas que caen bajo el dominio de los sentidos.

La metafísica y la física (como ciencias) constituyen la parte *especulativa* de la filosofía; pues se limitan á determinar lo que debe *creerse* relativamente á las cosas del órden intelectual ó físico, en tanto que son *verdaderas*. La ética es la parte práctica de la filosofía, porque trata de las cosas, en tanto que son realizables por la accion, ó en tanto que son *buenas*. La lógica es la parte *racional* de la filosofía, que ayuda igualmente al espíritu en sus juicios de las cosas, en tanto que son verdaderas y que se las debe creer, y al alma en los actos de la voluntad, en tanto que son buenos y que se deben practicar. Así, pues, la parte *especulativa* de la filosofía se refiere particularmente á la facultad *intelectiva*, cuyo objeto es lo *verdadero*; la *práctica*, á la facul-